

Regionalismo e Internacionalismo en la Educación

Por A. CARNEIRO LEAO, Director de la Facultad de Filosofía de la Universidad del Brasil. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

SABIDO es que el hombre sólo puede vivir en sociedad y que sólo dentro de ella se realiza su educación. Pero dicho esto, surge el problema de la comprensión del ambiente al cual pertenece y se vincula.

En las organizaciones políticas federativas, el funcionamiento del Estado ya ha habituado al individuo a la idea y al hecho de pertenecer a varios medios sociales, diferentes en un orden concéntrico perfecto. Miembro de su población, ciudadano de su ciudad, de su provincia y de su país, el hombre acepta y estima los lazos que lo ligan con los ámbitos culturales y sociales, del Estado y de la federación, y no es extraño a la suma de deberes por él debida a cada quien, su función de *socius* consciente y activo de las cuatro sociedades con derechos y obligaciones correspondientes a todas ellas. Un pequeño esfuerzo más, y no le será difícil sentirse ligado con otro medio más amplio y más universal: la sociedad de las naciones.

Uno de los objetivos esenciales de la educación, es ajustar la actitud del hombre a su grupo inmediato y a los grupos más am-

plios, nacionales e internacionales; si no logra hacer esto, muy poco habremos adelantado en el sentido de la paz y de la armonía.

Por otra parte, educar para el entendimiento y la comprensión entre los individuos y entre los pueblos, no significa desconocer lo regional sino, no olvidar que el todo es el resultado pleno y armonioso de las partes. "Todo pueblo tiene leyes que le son propias, porque impone a las leyes generales el matiz de su particularismo, porque tiene necesidades que él sólo experimenta, y, al adaptar el derecho extraño a su organización de vida, le da un color y un aspecto particulares." Así, pues, sacar el máximo de las peculiaridades regionales sin procurar imponerlas o hacerlas prevalecer sobre la nacionalidad o sobre la universalidad, es obra de sabiduría. En lugar de rechazarse, lo regional y lo ecuménico, se alían y se completan.

Area de cultura: su significado y su importancia.

La educación, en cuanto proceso social, tiene que examinar, en primer lugar, el área de cultura.

Fijemos, ante todo, el concepto, la importancia y los límites del área de cultura.

Entendemos por área de cultura, la zona de un territorio o de un país con características específicas, representadas en las tradiciones, en las costumbres, en los hábitos, en el régimen de vida. En este aspecto, cultura no significa tan sólo anhelo de saber, ni siquiera desenvolvimiento mental, cuyo valor, en el caso, sería insuficiente.

Desde el punto de vista psicológico, la cultura a que nos referimos, es una especie de comportamiento total.¹ Y aún así, bajo este único aspecto, se nos presenta limitada. La cultura que nos interesa es más amplia; antropológica, sociológica, resultante de

1 V. Karl Wissler, *Introduction to social anthropology*, p. 342. Holt. & Co., Nueva York, 1929.

la acción global del hombre —física, mental, moral y social— Es la suma de actividades; es todo el equipo material y son todos los factores inmateriales del grupo. Abarca la vida del individuo en relación consigo mismo, en el pasado y en el presente; y en relación con el grupo, actual y pretérito. Se caracteriza por el conjunto de tradiciones y prácticas morales: religión, usos, técnicas, literatura, arte, organización política y jurídica; todo, en una palabra, cuanto constituye sus patrones de vida.

Las relaciones íntimas entre el hombre, la tierra, las plantas, los animales, los otros hombres de la misma región, son las que dan vida y forma al área de cultura.

Ellas son las que, por analogía con las plantas y con animales en lo tocante al medio —ecología vegetal y ecología animal—, constituyen la ecología humana. Estas relaciones, elevadas por la escuela sociológica de Chicago (si bien con una interpretación más restringida) a la categoría de ciencia, son las que comienzan a conducir a los estudiosos de la sociología en los Estados Unidos, por la observación y por la localización de los agregados humanos, a la orientación de las corrientes inmigratorias.

Para vivir en cualquier región se hace indispensable de ese modo, un buen *comportamiento ecológico* de los individuos y de los grupos; que será tanto más fácil cuanto más naturales sean sus relaciones con el clima, la vegetación y la fauna.

Es universalmente conocida la acción de las grandes altitudes sobre los individuos que las habitan; las modificaciones que la diferencia de presión atmosférica producen sobre el hombre; las adaptaciones que requiere en el régimen de trabajo, por la necesidad de condicionar las resistencias físicas y fisiológicas a la acción del clima y de las imposiciones fisiográficas, todos son hechos incontestables.

Los climas fríos y los tropicales imponen exigencias marcadas sin cuya satisfacción la vida humana degenera y languidece irremisiblemente. La dieta, el vestido, la habitación y el régimen de traba-

jo importan, en gran medida, para la buena expansión del hombre y en los variados medios físicos. Es cierto, que la capacidad de acomodación del hombre se va haciendo prodigiosa; pero no hasta el punto de desconocer o descuidar la importancia del influjo del medio físico y del medio cultural en la adaptación y en el ajuste de los individuos y de los grupos. Para aconsejar o no aconsejar la emigración de grupos humanos a ciertas regiones, es menester conocerlos en su *habitat* de origen; ² conocer su cultura. Es menester averiguar si el clima, las plantas y los animales de la nueva región, son o no favorables a las relaciones con los recién llegados.

Francia procura, en cierta medida, poner en práctica esta doctrina: para su colonización en el Africa, se esfuerza por enviar, de preferencia, a franceses de piel morena y ojos negros; ³ nativos de zonas del país que tengan con relación a las regiones africanas una diferenciación menos violenta en vegetación y en fauna. ⁴ La reacción a la luz y al calor se hace mejor o peor según el pigmento y según la retina; y la acomodación al medio natural se hace más fácil o más difícil, según que el mundo vegetal y animal difiera, menos o más, de los medios de origen.

El problema es de aclimatación por la dieta, por el vestido, por la habitación, por el régimen de trabajo, por la acomodación de la cultura del inmigrante con la cultura del nuevo medio. ⁵ Y no se diga que la facilidad de comunicaciones; que el intercambio cada vez mayor entre los pueblos; que la interacción internacional creciente pueda o deba anular semejantes diferencias. Las exigen-

2 Véase R. Mukergee, *Regional Sociology*, p. 51. Century Co., Nueva York, 1926.

3 Véase: A. Carneiro Leão, *Fundamentos de Sociologia*, cap. II. Río de Janeiro, 1940. Gilberto Freyre, *O ecuménico o regional em sociologia* (curso taquígrafado en la Universidad do Distrito Federal), 1935.

4 René Martial, *Traité de l'immigration et de la greffe interracial*, Librairie Laroso, Imprimerie Federale. Belgique et l'immigration continentale, Bailliére, París, 1935.

5. A. Carneiro Leão, *Sociedade rural . . .*, parte 2*, cap. IV. Ed. "A Noite", Río de Janeiro, 1939.

cias y posibilidades de terreno y de clima; las imposiciones de tradiciones y de costumbres; los regímenes adecuados de trabajo y de vida sufrirán, ciertamente, modificaciones más o menos importantes según la intensidad de las fuerzas interiores; nunca, sin embargo, hasta llegar a la uniformización universal. Por otra parte, la uniformización, si es posible, sería el empobrecimiento de la civilización y la limitación de la cultura, plasmadas por un solo modelo y en consecuencia, por más alta que fuese, incapaz de satisfacer las aspiraciones de afirmación de las diversas comunidades humanas en su afán milenarío por el progreso. Lo necesario es aprovechar la cultura extraña sin sofocar o matar la propia, sino por el contrario, corrigiéndola, ampliándola, perfeccionándola y enriqueciéndola.

Así pues, se tendrá que exigir, por una parte, un aprovechamiento inteligente del ambiente natural, y por otra, una adaptación del ser humano a su medio; un desenvolvimiento de su capacidad de fijación, de habilidad y de explotación con el consiguiente despertar de una vida social variada y progresiva. En esto radica la más grande y mejor obra de la escuela y de las instituciones educativas colaterales; la tarea más eficiente de la educación. Sobre todo, porque esa preocupación regional no dispensa la internacional sino que, por el contrario, le aporta elementos propios que vienen a enriquecer el patrimonio general de la humanidad, haciéndose, de esta manera, un factor incontestable de progreso y un elemento de comprensión y de armonía entre lo regional y lo internacional.

Objetivos de la educación.

No es posible educar desconociendo los intereses de las áreas de cultura dentro de las cuales viven los educandos. Ellos son elementos componentes de su medio social, por cuyas venas circula la savia, la vida misma de la sociedad.

Pero, si las áreas de cultura, para sustentarse y progresar necesitan ser conocidas, respetadas, revigorizadas; reconstruyéndose siempre por la educación de las generaciones que se suceden, no cabe duda que su conversión, su renovación y su riqueza dependen también de las relaciones que mantienen las unas con las otras, establecidas, alimentadas y desarrolladas en una intercomunicación inteligente y continua.

La educación de los individuos de una área de cultura, con desprecio de las necesidades y de las solicitudes de dicha área, caracteriza a su correspondiente agregado humano, lo aísla en comportamientos estancos y lo degenera. No olvidemos, por otra parte, que construir currículos teniendo en cuenta el área de cultura, no significa combate contra la acción de ambientes más ventilados y más amplios.

El área de cultura es una etapa forzosa y siempre a la vista; pero nunca un pretexto para el combate o para el simple desconocimiento de los demás ambientes dentro de los cuales se forma y se desarrolla el hombre.

La orientación nacional, al condicionar las exigencias y los aspectos regionales atestigua, con evidencia, la conciliación posible y benéfica entre los objetivos de las áreas de la cultura, de los pequeños medios, y las zonas más vastas de las nacionalidades. Mientras semejantes preocupaciones no sean restrictivas de la mentalidad; mientras no se hagan creadoras de rivalidades y de complejos, el fenómeno es utilísimo.

No necesitamos grandes explicaciones, ni largas dilaciones, si queremos obtener una educación eficiente para comprender la urgencia de un conocimiento seguro de la situación y carencia de los diferentes ambientes culturales. De aquí la necesidad de establecer sistemas de educación, que tengan en cuenta el medio físico y el área de cultura o que, por lo menos, no olviden estos factores.

Conviene, una vez más, hacer resaltar que el área de cultura, a pesar de que participa del medio natural y del medio social; a

pesar de que resulta directamente de los dos, o, mejor dicho, de hallarse condicionada por ambos, no siempre se confunde con los medios geográficos y administrativos. Hay áreas de cultura que sobrepasan las áreas administrativas o geográficas; y áreas geográficas o administrativas que contienen más de una área de cultura.

En el Brasil sentimos, no raras veces, la falta de criterio en el establecimiento de las áreas administrativas. Muchas veces un interés faccioso, un simple deseo de aumentar el número de municipalidades en un estado, ha sido suficiente para la alteración de los límites administrativos. Y, aún en caso de que así no sucediese, parecería difícil contener con fronteras artificiales, hechos naturales.

¿Cuántas áreas de cultura no participan de zonas de dos municipios limítrofes, de dos estados vecinos, y hasta de dos países, cuyas fronteras viven en perfecta comunión, con hábitos, costumbres, tradiciones y aspiraciones análogas, si no idénticas?

Si no hay una propaganda perturbadora, divisora, separadora de cada municipio, de cada estado o de cada país, pugnando por la disociación, la tendencia ajustadora de los *socci*, sea cual fuere el lugar en que vivan, se realizará y afirmará naturalmente. La acción social como proceso educativo se hará de modo espontáneo. Siempre ha habido, es innegable, una interacción constante de los pueblos núcleos de irradiación de cultura, que, por condiciones especiales, en un momento dado, han influido sobre los usos y costumbres; sobre la literatura y el arte; sobre los patrones morales de otras gentes. En todos los tiempos conocemos la influencia de estas focos de irradiación: Egipto, Grecia, Roma, París . . .

Si éstos se hicieron modelos, no para imitación servil o absorción, sino para estímulo; si se hicieron fuentes de estudio, de información, de métodos de trabajo y de vida, su acción sería propulsora inestimable de progreso social y humano. Lejos de anular las individualidades, las impulsarían y las conducirían.

Lo que nos hace falta es huir de la imitación artificial y servil, inspirada en motivos políticos o en obsesiones intelectuales o morales; profesada por grupos dominantes de hombres de pensamiento o de estado, fanáticos o sin escrúpulos. Tales hechos perturbadores del progreso y de la vida de ciertos países son más o menos transitorios. Mientras no domine la masa, mientras no se radiquen en el núcleo del pueblo, sus efectos se apagarán: ejemplos no nos faltan en la historia de las naciones modernas. Es el caso relativamente reciente de los estados alemanes, huyendo de la acción latina en el siglo XVIII para entrar en el círculo francés, y su repulsa de esta influencia, a partir del fin de ese siglo y de los principios del siguiente por obra de Lessing, de Goethe, de Klopstock; sobre todo, después de la derrota de Jena, por el afán de volver a la tradición helénica o, mejor dicho, espartana, y a las fuentes germánicas de cultura. Ahí tenemos una consecuencia del desarrollo de la civilización en medios que seducen y absorben en su ámbito los demás ambientes. No es posible, ciertamente, escapar de semejantes influencias, y no parece siquiera deseable, a condición de no abandonar los rasgos típicos de la propia cultura. Y éste fué, no es posible negarlo, el caso de Alemania en los albores del siglo pasado. No obstante la seducción que en su *élite* ejercían los salones de París y la literatura, el arte, la lengua y el pensamiento franceses, lo íntimo del pueblo permaneció siempre germánico en sus tradiciones, costumbres, religión, conciencia moral, hábitos, usos, métodos de vida. Cuando la reacción política, inflamada por la palabra de Fichte, sumergía a lo más selecto de las universidades en las fuerzas germánicas e iniciaba su concepción de la *Deutschland uber alles*, encontró a la masa popular en el mismo lugar en que la había dejado, esto es, ligada a la tierra, perseverando en su cultura, fiel a sus tradiciones, al espíritu de sus mayores. El movimiento de afrancesamiento había sido artificial, no había pasado de una capa diminuta del pueblo, tal vez ni el diez por ciento de su juventud, de aquella que frecuentaba las academias y se preparaba

para las carreras liberales o literarias. Y esto no sería comprensible de otro modo. Si la cultura francesa hubiese penetrado en la escuela técnico-profesional, en los establecimientos de enseñanza agrícola, en los cursos primarios, en la educación de la infancia y de la adolescencia, en suma, entonces sí que habría sido difícil el retorno a la germanidad. Como, por el contrario, no fueron olvidadas las áreas de cultura alemanas; como la formación de su gente se dirigió en contacto con la tierra y los medios naturales del país, el trabajo se limitó a la *élite diminuta*.

Desgraciadamente, la vuelta a la germanidad sobrepasó los objetivos reales y se hizo un motivo de fanatismo y una causa de catástrofe. Una vez más, el artificialismo erró su cauce, traicionando las finalidades de la educación y el papel del área de cultura en las determinaciones educativas.

Otra prueba de la necesidad de atender en la educación a las exigencias regionales es el ejemplo de Dinamarca. Este país se salva del desastre económico y se afirma con gallardía y seguridad haciendo que su educación se embeba en la tierra, que sienta y viva el espíritu nacional en sus ambientes rurales, fiel a sus áreas de cultura.

Nuevos testimonios del mismo hecho los encontramos en Polonia y en Checoeslovaquia, países que, a pesar del desmembramiento de sus estados soberanos, han mantenido sus tradiciones, sus costumbres, su lengua, es decir, sus áreas de cultura, vivas y alertas, para resucitar finalmente, por el milagro de esta fuerza, a la vida nacional independiente.

Los casos citados bastarán para hacernos reír de los que predicán brasilidad y proclaman el advenimiento de un espíritu brasileño, se esfuerzan por interesar nuestra inteligencia en nuestras cosas y procuran intensificar el nacionalismo con la adopción, en los cursos secundarios, del estudio del latín. Semejante cultura, recomendable para las vocaciones definidas por las letras, proporcionará un mayor sentido de belleza, dará más grandes posibilida-

des a algunos espíritus para gozar de los encantos de la literatura latina y emprender valiosos trabajos de filología de las lenguas neolatinas, pero nunca traerán consigo un mayor espíritu nacional o una conciencia más viva de nuestras creencias y de nuestros destinos.

Aún sentimos el tremendo equívoco de la Italia fascista, que universalizó en todos los cursos y para todas las carreras el estudio del latín, con la mira infantil de resucitar el Imperio Romano, y la política educativa del Brasil, en tiempos pasados, así en la Colonia como en el Imperio, al fundamentar su cultura en la lengua del Lacio distante, no tendía a otra finalidad que a la de identificar a nuestra *élite* no con los objetivos nacionales, sino con los extranjeros y lejanos. Despreocupados del ambiente natural, ajenos a las áreas de cultura, en que vivían con sus esclavos, explotando sus tierras con la preocupación más o menos exclusiva del provecho económico para poder hacer mejor su cultura y la cultura de sus hijos en los moldes europeos, sobre todo franceses, en cuyo medio vivían espiritualmente, nuestros antepasados basaban su escuela secundaria en el latín, en la gramática latina.

En esa época tenían de su parte el estado incipiente del mundo brasileño, el descubrimiento de la vida intelectual europea, una organización económico-social que permitía tan grande alejamiento de nuestras cosas, la inexistencia de una sociología aplicada a la sociedad, el desconocimiento absoluto de los medios naturales y de sus posibilidades, y, por último, la escasez de elementos ponderables de la masa popular capaz de deliberar libremente.

Hasta principios de siglo, la mentalidad dominante en nuestros ambientes ricos era la deserción del país. Aunque con cierta exageración, declaraba continuamente A. de Siqueira: "El ideal del brasileño es vivir lejos del Brasil y a costa de él". De aquí una consecuencia inevitable: la multitud de familias de situación desahogada dueñas de tierras fértiles e inmensas, despojadas de sus propiedades, a caza, por las ciudades y capitales, de empleos pú-

blicos o quehaceres parasitarios. El adagio “padre dueño de ingenio o hacendado, hijo doctor y nieto pobre” expresaba nítidamente la realidad. Y no es otra la causa de la inferioridad económica brasileña y sudamericana.⁶

El desprecio por el medio en que habían nacido y vivido sus antepasados, la fascinación por un saber académico, casi siempre superficial e inadecuado a nuestras necesidades, y la pasión por la vida de Europa pusieron en manos de advenedizos nuestras industrias, buena parte de nuestras tierras y las fuentes mejores de nuestras riquezas.

No es otro el origen de nuestra ojeriza por otra preparación que no sea la intelectual o intelectualista, la incongruencia de nuestros sistemas de educación con su línea nítidamente separadora entre académicos y trabajadores manuales o mecánicos, la pobreza de nuestra técnica, la debilidad de nuestra armazón económica sino de nuestra economía fluctuante y bohemia, la defectuosa y deficiente formación de nuestra juventud, la ignorancia de nuestros problemas, nuestro exagerado urbanismo y el impatriótico abandono de nuestros medios rurales. Si la *élite* que estudiaba no se atenía más que a una instrucción académica en la cual dominaba el latín sin darnos, no obstante, latinistas o estilistas notables, no era de extrañar el fenómeno. Pero hoy, cuando en todo el mundo el único ejemplo de obsesión por el latín estaba en la Italia del Fascio, cuyo sueño catastrófico era la resurrección del Imperio de los Césares, ahora ya desmoronado, la insistencia en el predominio de esta asignatura como objetivo central de la educación de la juventud parece, por lo menos, anacrónica.

La política educativa que nos conviene.

Cada área de cultura debe poseer su orientación educativa, sus currículos, sus programas, asentados en la realidad ambiente,

6 Véase Francisco Encina, *Nuestra inferioridad económica*, Santiago de Chile, 1912.

en la filosofía de la vida del grupo respectivo. Y si la educación implica un conjunto de modificaciones, provocadas en el individuo, tendientes a ajustarlo a la comunidad humana a través de su grupo, no es probable emprenderla sin el reconocimiento de las determinantes culturales de los diferentes medios. Esta orientación nada tiene de limitadora. La movilidad creciente de los *socii*, ora horizontal, hacia otros lugares, ora vertical, hacia otras profesiones u otras culturas, en nada se compromete. Del mismo modo que no se compromete su ajuste a los ámbitos más amplios de la nación y de la sociedad internacional.

Las comunidades nacionales se constituyen por la vinculación de las comunidades regionales entre sí, y la sociedad internacional por el ajuste de las comunidades nacionales. El ajuste de los individuos a los grupos más restringidos es la mayor garantía del equilibrio entre los grupos más amplios de la nación y del mundo.

Tan pronto como desaparezca el concepto de nacionalismo exclusivista, separador, fuente de conflictos; tan pronto como se eduque al individuo para su medio, tan pronto como su finalidad sea representar su papel constructivo dentro de sus recursos y posibilidades en el sentido del progreso nacional y del bienestar humano, esta educación regionalista, con su mirada vuelta hacia las áreas de cultura, no podrá menos de ser constructiva.

El espíritu internacional lo mismo que el regional, el regionalismo lo mismo que el internacionalismo, tienen su lugar y su objetivo en la formación del hombre de mañana. El olvido de los primeros acarrearía la pérdida de los valores inherentes a las peculiaridades locales, el empobrecimiento del todo; el combate contra lo segundo, la supervivencia de los exclusivismos, de las barreras, de las ilusiones peligrosas y lamentables de superioridad, los conflictos y las guerras.

○ el hombre limita su preocupación regionalista al señalamiento, el aprovechamiento, al desenvolvimiento de características especiales, de elementos propios y exclusivos de las localidades

tendiendo al progreso del ambiente en que vive, ofreciendo nueva contribución a la vida nacional e internacional, o corre peligro de encerrarse en un círculo estrecho e irrespirable en la comunión mundial, día a día más avasalladora.

O el hombre transforma las rivalidades regionales, los nacionalismos bizcos y vacíos en un espíritu de cooperación, de entendimiento, de buena voluntad para la dicha de todos, o no habrá lugar para la civilización.

A partir de 1929 las naciones fueron invadidas por el pánico de una economía suicida, completamente cerrada de puertas adentro, una forma de locura nativista aterradora. Que cada quien procurase comprar el mínimo y vender el máximo, vender el producto común en sus tierras y producir los productos hasta entonces buscados y traídos de otros países, aspirando a constituirse en autarquías, en todas las esferas de la vida social.

El resultado no podría ser otro sino la ruina de productos de ciertos estados que así perdían no solamente la posibilidad de sustentar a millones de seres ocupados en su cultivo, sino también su poder de compra en el extranjero, creando el malestar económico-social por todas partes.

La incineración de riqueza y valores indispensables para la vida —aquí el café, allí la lana, más allá el trigo— denotan las consecuencias.

Al lado del problema económico, o estimulados por éste, aparecieron entonces los regímenes de violencia, el *tabú* del Estado, las místicas racistas, el desplante, la propaganda de la primacía de la fuerza, la locura colectiva, la lucha, la destrucción.

Mientras los pueblos no comprendan que nunca podrán los unos aprovecharse del empobrecimiento de los otros, sino que todos tienen que lucrar del enriquecimiento o por lo menos de la satisfacción de todos, no será posible nada estable.

Así está la historia para convencernos de que el progreso de la civilización y de la cultura no tiene fronteras, sino que, por el

contrario, desde el hombre de las cavernas resultado de la caravana inmensa e ininterrumpida, hija de todas las sangres, de todas las regiones, de todas las épocas. No es posible cerrarse a la comunicación de los otros pueblos ni desdeñar los beneficios que, a través del espacio y del tiempo, nos han traído los hombres de todos los orígenes, no pocas veces a precio de sufrimientos inauditos.

El regionalismo y el nacionalismo sólo se comprenden y se justifican como factores de cooperación y solidaridad para la obra magnífica que el hombre va construyendo en la tierra.

Sólo la redirección de las generaciones que surgen formará esta mentalidad; sólo ella podrá salvar la civilización y la cultura.

Sólo una política de entendimiento entre los individuos y entre los pueblos conseguirá triunfar.

Sólo la libre expresión del pensamiento, la libre crítica y la libertad de creer y de obrar, limitada tan sólo por el respeto a los derechos ajenos, garantizarán la atmósfera internacional indispensable para el bienestar y la armonía entre los hombres.